

Su cara, de facciones tan puras, tan fresca no hacía aun mucho, se ajaba; sus ojos perdían su brillo, ¡ah! sus ojos sombríos, admirables siempre en su pálido rostro.

Su satinada piel, tan fina, se ajaba como una rosa agitada por un viento áspero.

Y desaparecido esto, ¿qué la quedaba?

Nada.

La miseria, la desesperación, con el Sena al fin para arrojarse en él, ó el carbón para asfixiarse.

Pues bien, no; eso no sucedería.

Había terminado su *toilette*. Se acercó á la puerta de Elena, y la dijo:

—Estoy muy retrasada... marchó escapada... Queda tranquila; todo irá bien... hasta la noche.

Estaba ya al pie de la escalera cuando en la habitación de la señora Simonet oyó martillazos.

Era que estaban encerrando en su féretro una de las víctimas de París.

Enjugóse una lágrima y huyó.

XXII

En la costa del Mediterráneo.

Al volver á encontrar á la joven, cuyo gracioso y hermoso rostro le habían interesado tan vivamente, el mayor de los Caylus, el hermoso Raimundo que la veía reducida á una situación tan precaria, tuvo un buen movimiento.

Esta fué la primera impresión.

Se dijo que lo que Aurora no había podido

encontrar, á él le sería fácil encontrarlo para ella.

En efecto, con sus relaciones en la alta sociedad, y sus conocimientos entre las modistas á quienes pagaba con frecuencia cuentas de alguna de sus clientes de vida más ó menos alegre, no hubiera tenido necesidad más que de haber expresado su deseo, para que Aurora hubiera tenido una colocación que la permitiera vivir en aquel medio de encajes y de fruslerías que tanto agrada á las mujeres, y aun abrirse camino y llegar á la envidiada posición de primera ó de vendedora con el tiempo.

Esto era casi la fortuna, el desahogo al menos.

Después tuvo otro movimiento.

El marqués pensó:

Esto sería una lástima.

¡Colocar á Aurora era hacerla independiente, hacerla muy visible, crearse rivalidades!

Ahora bien, el hermoso Raimundo la quería para él solo y reducirla á aceptar sus condiciones.

Algunos días, algunas semanas de miseria la harían dócil, la pondrían suave como un guante!

¡Qué virtud resiste á los golpes de la suerte, á las privaciones repetidas, á los malos consejos de la miseria!

Cuando llegó á casa, el marqués había tomado su partido.

Seguro del éxito, resplandecía.

Su alegría era tan visible, que su hermano le preguntó:

—¿Qué tienes?

Iba á contarle su entrevista con Aurora,

pero se acordó á tiempo de que en la conquista que habia emprendido habia un primer rival.

¡Su hermano!

Entonces, en lugar de hablarle de aquel encuentro, se sentó á la mesa diciendo con negligencia:

—¿Qué quieres que tenga?... Encuentro que es buena la vida. Hé ahí todo.

Su hermano pensó:

—¡No para todos!

Pensaba en la hermosa joven de Aubignac. El hermoso Raimundo le miró.

¿Comprendió su pensamiento?

Es probable. Además habia recibido sus confidencias.

El más joven, el enamorado verdadero, el que amaba con abnegación por la dicha de su adorada, más bien que por la suya propia, le habia hablado con frecuencia de aquella Aurora Milton.

No hacia más que preguntar por ella y se quejaba del silencio de aquella en que no cesaba de pensar.

Cierto que el marqués de Caylus profesaba á su hermano un grande y profundo afecto.

Si algún extraño, un tipo cualquiera hubiera tratado de jugarle una mala partida, quien quiera que fuera, se encontraría con dos Caylus delante de él, en primer lugar al mayor de ellos, en defensa del joven, más débil en apariencia que el otro.

Decimos en apariencia, porque Jorge de Caylus era hombre de nervios vibrantes, de músculos vigorosos, de puño capaz de sostener una espada y de servirse de ella con maravillosa destreza.

En caso grave, hubiera sido para Raimundo cuestión de honor salir á la defensa de su joven hermano.

Pero en esto, ¿de qué se trataba?

De un amorcillo sin consecuencias, de un sueño, de una vana aspiración que no podia tener consecuencias.

¿Qué podia haber de serio entre el conde Jorge de Caylus y aquella joven cuyo origen nadie conocia exactamente?

¿Se volverian ni aun á encontrar á menos de una casualidad?

De consecuencia en consecuencia, haciendo esos razonamientos con que excusamos nuestras malas acciones, el marqués llegó á esta conclusión:

—Es un favor el que hago á Jorge con no hablarle de esa joven. ¿Qué hubiera hecho él de ella?

¿Su querida?

Era demasiado tímido.

¿Su mujer?

A esta sola idea, el orgullo del jefe de la ilustre casa de Caylus se indignaba.

¿Favorecer un matrimonio tan desigual? ¡Jamás!

Raimundo estaba tan absorto por la idea de su encuentro de aquella mañana y por las consecuencias que podia tener, que su hermano le preguntó de nuevo:

—¿En qué piensas?

El marqués contestó simplemente:

—¿Y tú?

Jorge se puso colorado de pronto.

—No te ruborices como una niña—repuso el mayor.

—¿Me he puesto colorado? — preguntó Jorge.

—¡Como un fuego de Bengala!

El cojito trató de dar otro giro á la conversación.

—Has salido esta mañana muy temprano— dijo.

—No mucho, á cosa de las nueve. Me aburría... El tiempo estaba seco... el frío era muy vivo... Me gusta mucho dar una vuelta por las calles... Examino los paseantes, las paseantes sobre todo... así no se aburre uno... Y además, para decirlo ya todo, esta noche he perdido. Me cogió una mala racha,* que...

—¿En el Círculo?

—Sí; ese animal de Saint-Aubin ha jugado muy fuerte y con una suerte loca.

—¿Ha ganado?

—Unos sesenta mil francos... De ellos, unos quince mil de tu servidor...

—¿Y entonces?...

—Como no los tenía, he ido al Crédito Lionés, dando un paseo, y los he entregado en la caja del círculo... y esto es lo que he hecho.

—No tenías necesidad de salir. Yo te los hubiera dado.

—¿Estás en fondos?

—Yo no juego, y por eso tengo ahorros.

—No te alabes... Yo tampoco juego, al menos un juego peligroso... Algunos billetes de cien francos... Pero esta noche me enredé tontamente...

—¿Crees tú que Saint-Aubin juega lealmente?

—Pero...

—¿Que no ayuda él un poco á la suerte?

—Eso es difícil.

—¡Sin embargo, se ven esas cosas!

—Tú no le quieres.

—No mucho.

—Por mi parte le creo correcto, en primer lugar, porque no puede menos, y después porque parece bien educado... No es interesado... No le he visto nunca pedir prestado. No hace que se hable de él.

—Sin embargo—observó el cojo,—lo que contaba de él el comandante Guerinot...

—¿En Aubignac?

—Sí.

—¿Qué decía?

—A propósito del padre de Saint-Aubin, decía que se había retirado á una granja muy pobre, arruinado por su hijo...

—¡Oh, si se diese crédito á todo lo que dicen!

—En fin, ¿de qué vive, puedes decírmelo?

—No lo sé; si quieres saberlo, pregúntaselo. Es vivo... Te enviará sus padrinos... Quedarás en paz con una estocada dada ó recibida... Esto no vale la pena.

—¿Tienes gana de broma?

—Mejor es eso que llorar... Hay bastantes que lo hagan sin necesidad de nosotros. ¿No te parece?

El marqués reía en efecto; pero muy cariñoso con su hermano, que permanecía serio y preocupado.

—Mi pobre Jorge—repuso el mayor,—hemos nacido con buena estrella, y tenemos dos suertes...

—¿La primera?

—La de ser sólidamente ricos, sin miedo al día de mañana... Gocemos, pues, de la vida,

viendo á los demás arreglarse como pueden, luchar, ahogarse ó navegar viento en popa.

—¿La segunda?

—La de ser dos para ayudarnos. Ocupémos de nosotros mismos...

—¡Sin embargo!

—Te veo venir. Vas á decirme que es preciso ser bueno, generoso, hacer el bien, pensar también en el prójimo, como dice el cura en el púlpito... Sin duda que todo esto sería mejor; ¿pero quieres que te diga lo que pienso? Aparte de un pequeño número de amigos íntimos sería una tontería tratar de sacar de apuros á todos los que nos necesitan...

Y concluyó con un sentimiento que demostraba tener buen corazón:

—¡Son demasiados! ¡Son demasiados!

Y cambiando de asunto, dijo:

—Además, esta mañana tenía yo que tomar algunas disposiciones...

—¿A propósito de qué?

—Para nuestro viaje á Niza.

—¿Cuándo marchamos?

—Esta noche... ¿Lo has olvidado?

—En verdad que apenas me acordaba.

El ayuda de cámara que servía el almuerzo á los dos hermanos, dejó sobre la mesa una cafetera de plata, dos preciosas tazas de Sevres y una caja de cigarros y salió.

Jorge seguía pensativo.

Pensaba.

Entre los desheredados de que hablaba el marqués, entre la multitud de los que hubieran necesitado su ayuda, no veía más que una cabeza, un rostro de deslumbradora blancura, una frente de ideal pureza, unos hermosos

cabellos y unos ojos grandes y de color azul oscuro.

¡Aurora Milton!

Y en la inmensidad de París, donde debía encontrarse, la buscaba en vano.

A pesar de sus promesas, no le daba noticias suyas.

¡Por orgullo sin duda!

¡Porque eran tristes y nada la salía bien!

Se recostó en el respaldo de la silla y se puso á contemplar el techo con esa mirada vaga con que la imaginación viaja á través del espacio.

Y de repente, no pudiendo resistir al deseo que tenía de hablar de aquella que llenaba por completo su corazón, dijo á su hermano, que cortaba con cuidado la punta de un cigarro:

—¿No has oído hablar de aquella joven de Aubignac?

—¿Yo?—dijo el marqués sobresaltado.

—Tú, sin duda.

—¿Por quién quieres tú que sepa yo de ella? Más bien eres tú quien debieras saber... por tus gentes de allá.

—Nadie puede decir adonde ha ido.

—Sin embargo, los Chavarux...

—Lo mismo que los demás...

—Es raro; convendrías en ello. Se han separado de mala manera.

—No fué culpa suya.

—Lo sé... Fué del bruto del hijo del jardincero... ¿Fué porque no le quiso?

El cojo frunció las cejas.

—En efecto—dijo.—Esa pobre joven es demasiado hermosa para vivir en un país salvaje como aquel.

—¡Una feliz casualidad te condujo al lugar del crimen!—dijo el mayor en tono de burla, acercando una cerilla á su rico habano.—La pobre debe guardarte un agradecimiento enorme en un rincón de su corazón.

El bromeaba, pero no estaba tranquilo.

En el tono con que hacía la pregunta el cojo, se revelaba un verdadero amor.

Se adivinaba en él un gran sentimiento por la pérdida de aquella joven.

Y el mayor no quería decirle que él la había encontrado.

Aurora le inspiraba también á él, no amor, si no un capricho violento, que las palabras del joven excitaba y que en un acceso de egoísmo no quería sacrificar por nadie.

Observó.

—A propósito de los Chavarux, ¿sabes que el hijo, aquel zopenco de Bernardo, es pasante de una notaría en París?

—¿En cuál?

—En una de la calle de Luis el Grande.

—¿S?

—Le he visto el otro día entrar en el despacho del señor Merlin... Me quedé estupefacto... Está desconocido, está casi elegante... París le ha metamorfoseado:

Jorge dijo sencillamente:

—¡En París debe estar ella también!

Y como su hermano no contestase, añadió:

—Daría tanto como tú has perdido esta noche por saber qué es lo que hace.

—¿Tanto como eso?

—El doble, y aun el triple, con gusto.

No había medio de dudar. Era una verdadera pasión la que sentía por Aurora.

Esto se revelaba en cada palabra.

Raimundo sintió un remordimiento.

Observó á su hermano de reojo.

Por un momento le ocurrió la idea de sacrificar por él y contarle lo que había visto.

Pero le dominó el egoísmo y contuvo la confianza que iba á salir de sus labios.

Un momento después, echando en la chimenea el cigarro que acababa de encender, se levantó diciendo:

—¡Puf! Ya no hay nada bueno en estos tiempos; palabra.

—¿No sales?

—No.

—¿Qué vas á hacer? ¿Pensar en tu sílfide?

—Tal vez.

—Agradable entretenimiento.

—¿Y tú?

—Yo—dijo el marqués—no sé... Me iré á alguna tienda... á la calle de la Paz ó á otra cualquiera.

Llamó.

Se presentó el ayuda de cámara.

—Que enganchen—ordenó.

—Y mientras se ejecutaba su orden, dijo á su hermano:

—Oye. Haz tus preparativos. Hay que estar esta noche en la estación á las ocho y cuarenta.

—Buena.

—A propósito de tu señorita. ¿No la prestaste hace algún tiempo una cantidad?

—¡Oh, sí, pero muy insignificante!...

—Para tí, sí; no para ella... Hubiera debido tenerte al corriente, escribirte... Tú tienes derechos adquiridos en tu calidad de acreedor.

Raimundo parecía muy alegre, muy jovial.

El escrúpulo que había tenido hacía un momento, desapareció por completo.

—Me ha escrito, en efecto—dijo Jorge.

—¿Entonces tú debes saber?...

—Nada absolutamente; no me escribía más que dos líneas.

—¿Las tienes?

—Sí.

—Enseámelas.

La carta no estaba lejos.

El menor de los Caylus la conservaba como una reliquia, en una carterita que guardaba en el bolsillo interior de su americana.

El mayor se mordió los labios.

Al leer la cartita de Aurora tan sencilla y tan digna, no pudo menos de decir:

—Está bien, muy bien; pero ha debido darte sus señas.

—No ha querido, porque estaba segura de que yo correría de nuevo en su auxilio, y esto no la permite su altivez.

Raimundo tuvo una última vacilación.

Una lucha se libró en él.

Estuvo á punto de decirlo todo, pero el egoísmo triunfó.

El destino de los hombres no depende á veces más que de un hilo tan débil como el de las telas de araña.

El ayuda de cámara volvió á entrar y sacó á su amo de apuros diciendo:

—El cupé del señor marqués está dispuesto. Salió.

Aquella noche salieron los dos hermanos en el rápido de Niza.

Jorge se alejaba con sentimiento diciendo:

—¡Y sin embargo ella queda ahí!

En París conservaba la secreta esperanza de encontrarla.

El marqués, por su parte, pensaba:

Dentro de algunos días la encontraré desalentada, dispuesta á todos los sacrificios... Si es que lo es lo que yo la pido.

Jorge no llevaba con él á su fiel Mario Chavert.

Y cuando en el tren le preguntó su hermano la razón de aquella sorprendente separación—le contestó.

—Está en una comisión.

—¿Dónde?

—En la Auvernia.

—¿En Aubignac?

—Sí.

—¿A propósito de qué?

—Jorge contestó sonriendo dulcemente.

—Ese es mi secreto.

Pero no sabía guardarlo para con su hermano.

—¿A causa de ella?—preguntó Raimundo. El otro dijo suspirando.

—¿Quieres saberlo?

—¿Es allí donde la buscas?

—Por todas partes.

—¿Entonces estas loco por ella?

—No es interés... No quisiera que fuese desgraciada.

No se atrevía á confesar ni aun á su hermano, lo que sentía por aquella que se había apoderado de todo su ser.

Durante ocho días permanecieron en Niza, en la magnífica villa que su madre poseía en el paseo de los Ingleses.

Desde allí fué desde donde Raimundo debió

enviar á Aurora el telegrama que conocemos.

Todos los días iba á dar una vuelta á Monte-Carlo para distraerse é intentar olvidar el capricho que de hora en hora le llamaba más imperiosamente á París.

Aurora había concluido por apoderarse de sus sentidos y de su espíritu, ya que no de su corazón, hasta el punto de que no tenía más que un deseo: verla, y el de un temor: el de que otro se apoderase de ella en su ausencia.

Jorge estaba en Niza como por todas partes, pensativo, pero tranquilo.

Se paseaba por la playa ó leía en su habitación, enfrente de aquel mar tan hermoso en todos tiempos, animado durante los días de fiesta por una flotilla de yates de recreo, sobre la cual sobresalía algún gran acorazado como un pico de los Alpes perdido en medio de las colinas del Esterel, ó un elefante en medio de un rebaño de corderos.

No le impacientaba más que la tardanza de su fiel Mario Chavert.

Por fin llegó el ex granadero, y encontró á su amo solo en la sala de la villa Caylus.

—¿Y bien?—preguntó vivamente el joven. Mario no parecía satisfecho.

Las arrugas de su frente lo indicaban.

—Estamos á la misma altura que cuando salí.

—¿Has visto á todo el mundo en Aubignac?

—A todo el mundo.

—¿A los Chavarux?

—A los Chavarux, al comandante Guerinat, al cura, al notario, al señor Pilet, ese falso que me pone nervioso; á los guardas, á los leñadores, en fin, á todo el mundo.

—¿Nadie sabe nada?

—Nadie.

—¿Y en la Sauvetiere?

—Está cerrada. No hay nadie. El colono no ha oído hablar ni de la señorita de Solmes ni de su amiga.

Chavarux añadió con desaliento:

—Es de creer que las dos pobres jóvenes han tomado sus billetes para el otro mundo.

Entró el marqués.

Hizo un signo amistoso á Mario, diciéndole:

—¡Ah! ¿estáis ya de vuelta?

—Como véis, señor marqués.

—¿De dónde venís?

—De buscar algo que no he encontrado.

—¿Algo ó alguien?

—Alguien.

—¿Una joven?

—Sí.

Jorge estaba muy pensativo.

El mayor se dijo:

—¡Pobre Jorge, si yo quisiese!

Y al cabo de un momento añadió, hablando consigo mismo:

—No, decididamente, es demasiado hermosa.

Y luego añadió en voz alta:

—Cuando quieras, marcharemos. Estoy cansado de Niza y de su público, de los barcos que están acorazados, como de las señoritas que no lo están.

—Yo quisiera estar en París—dijo Jorge,—pero nuestra madre me ha rogado que la espere. ¡Desde hace algunos días se ocupa un poco de nosotros!

— ¡Ah! — dijo el mayor sorprendido.
— Sí — dijo Jorge. — ¡Se creería que comienza á querernos!

Aquella misma noche el marqués tomó el tren para París.

— ¡Voy á verla! — se decía.

Y Jorge, que le acompañaba á la estación:

— Esa joven era mi felicidad y la he perdido tontamente. ¿Quién me la devolverá?

XXIII

Calle de Luis el Grande.

— ¿Señor Chavarux?

— ¿Señor?

— Sois un joven formal.

— Procuro serlo.

— Honrado...

El pasante hizo un gesto de modestia.

— Sí, sí. Yo no quiero suponer lo contrario. En primer lugar, me habéis sido recomendado por un amigo de mi pobre padre, en quien tengo una confianza ilimitada; uno de sus antiguos compañeros de carrera. Después sois muy activo, muy laborioso — tengo pruebas de ello — y muy dispuesto.

— Señor...

— Sí, sí. He reconocido en vos todas esas cualidades. El señor Pilet no me había engañado al hablarme también de vos... Haréis fortuna en el notariado... es seguro... ¿No habéis tenido sueldo hasta ahora?

— No lo he pedido, señor.

— Debéis cobrarlo... Además, yo no quiero que nadie trabaje en mi casa sin retribución...

No tengo que recibir regalos de mis paasntes. ¿Cuánto tiempo hace que estáis aquí?

— Siete meses.

— ¿Tanto?

— Un poco más.

El notario tocó un timbre.

Una puerta se abrió á la izquierda de su gabinete.

Apareció una cabeza de cabellos grises, pálida como marfil viejo, sin barba, afeitada como la de un sacerdote.

Era el cajero, un hombre de cincuenta y cinco años, que representaba setenta.

— ¡Chauvet! — dijo el patrón.

— ¿Señor?

— Daréis á este joven dos billetes de mil francos por lo atrasado, y á partir de hoy trescientos francos mensuales, por ahora.

Bernardo Chavarux tuvo una pequeña contracción en la cavidad del estómago.

— ¡Dos billetes de mil francos! ¡Bonito negocio!...

Su fisonomía expresó un profundo agradecimiento.

— Es demasiado, señor — murmuró. — Eso es demasiado... El honor de estar en vuestra casa...

— No, no. ¡El honor sin dinero, vale poco!.. ¡Nada de caballerosidades; lo positivo!

El notario hizo una seña al cajero, que desapareció como si hubiese sido lanzado por un resorte.

El pobre diablo era el hombre de la obediencia pasiva, la pasta de que se hacen los esclavos los heroes del apostolado.

El señor Merlin, tan luego como el cajero